V. ACHA - EDITOR - CÓRCEGA 240
• BARCELONA

**EDICIÓN DE LUJO**

1 tomo rústica. . . 2 ptas.
1 id en tela . . 3 ptas.

PUBLICACIONES DE LA CASA ACHA

# EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

V. ACHA
ADMINISTRADOR

CENTS 10

Córcega, 238-BARCELONA

N.° 10

# EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238
BARCELONA

AÑO I
N.º 10


## INDICE


LA TARTANA MALDITA (Episodio histórico). — MIENTRAS LAS HORAS DUERMEN...—¡1.º DE JUNIO DE 1275! — A TRAVÉS DE ESPAÑA (Castilla monumental). — GRANDEZA DE ALMA.—ILUSIONES PERDIDAS..-ULTIMOS DÍAS DE NUMANCIA (Continuación). — NUESTRO CONCURSO. — CORRESPONDENCIA.

**SUPLEMENTO**

NICK-CARTER, el rey de los detectives, (El robo de joyas).


# La tartana maldita

A principios del verano del año de 1823, el ejército francés, fuerte de cien mil hombres, que había penetrado en España y llegado hasta Madrid, había atravesado en poco tiempo toda la península. El ejército español, por aquel entonces, apenas contaba con sesenta mil soldados, y aun éstos se hallaban distribuidos en puntos muy lejanos y sin fácil comunicación para prestarse rápido y eficaz auxilio.

El mariscal francés Moncey, con diez y ocho mil hombres, se había internado por Cataluña, y tras múltiples y reñidos encuentros con nuestras tropas, había logrado ocupar á Rosas, Gerona, Manresa y otras puntos. En vano los valientes generales Mina, Milans y Llobera hicieron esfuerzos sobrehumanos para cortar el paso al invasor y oponerse á sus designios; fuéles la fortuna adversa y hubieron de retirarse, dejando que los franceses, adelantándose por Sabadell y las márgenes del Besós, extendieran su línea de operaciones hacia Martorell y Molins de Rey, para completar de este modo y con mayores seguridades de éxito el cerco de Barcelona.

A la sazón mandaba en la condal ciudad, como capitán general interino del Principado, un militar despótico y de genio atrabiliario: el suizo don Antonio Rotten. Su carácter impetuoso, dureza de corazón y el abuso que hacía de su autoridad


REVISTAS

habíanle hecho temible; sus dictatoriales é injustas medidas de gobierno le habían atraido la antipatía del pueblo barcelonés, apartando de él todo género de confianza. Una idea constante obsesionaba su menguado cerebro: la imposición de tributos, llevada á cabo por el más fútil pretesto, sin consideraciones de ninguna clase y sin reparar en los motivos, por muy injustos que fuesen.

Ante tan desatinada conducta, ante el capricho de un gobernante, que en el *ordeno y mando* fundaba la fuerza de la ley y del derecho, los barceloneses resistíanse, indignados, á satisfacer las contribruciones que de una manera tan arbitraria y despótica les eran arrancadas. No por esto cejaba Rotten en sus propósitos; la negativa á sus demandas y el noble tesón de que iba acompañada, hiciéronle variar de sistema para la consecución de sus perversos fines. Su infernal mente le sugirió una idea satánica, que inmediatamente puso en práctica: para los rebeldes, para los morosos, para los desobedientes á sus inicuas órdenes de exacción, calabozos tenía la Ciudadela donde hacerles purgar su rebeldía; y para que el pueblo no se enterara y poder realizar su conducción á tan tétricos lugares ayudado por la soledad y el misterio de la noche, echó mano de una tartana, cuya fúnebre celebridad ha pasado á la historia.

A aquella época, aciaga por más de un concepto, y al mando del dictador Rotten en Cataluña, corresponde el episodio que vamos á relatar á nuestros lectores, episodio de rigurosa exactitud, que tuvo un final sangriento é inhumano.

En una noche del mes de julio del ya citado año, la ciudad de Barcelona, aterrorizada por los sucesos que durante el dia habían ocurrido en el exterior, yacía sumida en sepulcral silencio. Las huestes francesas habían operado un movimiento de avance por la parte de Molins de Rey, y las tropas españolas, bajo la dirección de los valientes Milans y Llobera, habíanles disputado el paso con extraordinario arrojo. Estos sucesos habían impresionado vivamente á los barceloneses, que temerosos de mayores males, habíanse retirado á sus domicilios comentando los detalles de la jornada.

Cuando el silencio y la quietud parecían inalterables, de uno de los patios de la Ciudadela, cuya puerta se abrió con el mayor sigilo, salió la famosa tartana, dirigiéndose misteriosamente hacia el centro de la población. Después de haber recorrido varias calles, paróse ante la puerta de una casa de no muy modesta apariencia. Franqueada la entrada, á los pocos instantes aparecieron dos esbirros conduciendo á un respetable anciano, que á viva fuerza y sin atender á sus ruegos, fué introducido en el fúnebre vehículo, que con la mayor rapidez tomó la vuelta de la Ciudadela. Llegados á ésta, el anciano y cuatro compañeros más que había conducido la tartana fueron encerrados en un inmundo calabozo, llamado del Principal, especie de maz-

morra, de techo abovedado, más largo que ancho.

Los cuatro infelices permanecieron largo rato abismados en su dolor, después que hubo girado sobre sus goznes la pesada puerta. El más anciano se veía separado de una esposa y de unos hijos que formaban el consuelo de su vejez, ya cercana al último período de la vida. Otro hacía falta á una madre y á unas hermanas de las que era el único sostén. El tercero era solo en el mundo, y sólo tenía que lamentar la pérdida de su libertad. El último era el más joven, y su desesperación no reconocía límites. Arrancado de los brazos de una esposa joven y bella y de las caricias de un hijo de corta edad, fruto de un matrimonio bendecido por el amor, no era extraño que ante injusticia y barbarie tal, su dolor fuera inmenso.

Pasada una hora, volvió á abrirse el calabozo para dar paso á un hombre que vestía traje militar de alta graduación.

Era el inexorable Rotten.

Un subordinado le acompañaba alumbrando con un farol.

—¡Infelices—exclamó al divisar á los presos.—Vuestra culpable terquedad os conduce á estos extremos.

—Señor—contestó con temblorosa voz el más anciano—¿cómo hemos de dar lo que no tenemos?

—Sois unos traidores á la patria; unos egoistas. En otro tiempo vuestra obstinación hubiera sido perdonada, hoy no; la patria está en peligro, el sistema constitucional amenaza hundirse; los franceses pisan de nuevo el suelo español y estáis obligados á prestar ayuda con vuestras vidas é intereses.

Sorprendidos los prisioneros ante un lenguaje que más parecía una amenaza, el anciano se atrevió á excusarse diciendo:

—Nos es imposible satisfacer vuestros deseos...

— ¡Imposible decís! — contestó Rotten;—pues oid mi última resolución: Yo no he venido aquí á rogaros; si antes del amanecer no habeis encontrado medio de que mis órdenes sean obedecidas, os haré conducir con la tropa á la descubierta, ante el enemigo, que en estos momentos cerca á Barcelona. Y sin añadir una palabra más salió del calabozo.

La desesperación de aquellos infelices llegó á su colmo; ya nada podían esperar de aquel monstruo, su sentencia de muerte estaba dictada y era preciso resignarse á morir sin poder siquiera protestar del horrendo crímen que con ellos se cometía.

En angustias indecibles y en exclamaciones de dolor pasaron los desgraciados presos varias horas, hasta que un rayo de luz, que vino á anunciar el amanecer de aquel su último día, penetrando por la enrejada ventanilla, alumbró ténuemente aquella hedionda mazmorra.

El día venía espléndido. Fuera los centinelas daban los últimos gritos de alerta.

Un confuso rumor, aunque lejano, de armas, de voces y toque de

cornetas llegaba hasta los oídos de los infelices cautivos.

Transcurridos algunos minutos, todo quedó en silencio, la puerta de la prisión volvió á abrirse, y los cuatro prisioneros fueron conducidos á un patio donde les esperaba la funesta tartana, terror de los barceloneses.

El siniestro vehículo hallábase rodeado de tropas sobre las armas; los presos fueron amanillados fuertemente é hiciéronles subir á la tartana, que tirada por un mal caballejo y escoltada por los soldados allí reunidos, salió de la Ciudadela por la puerta llamada del Socorro.

* * *

El 14 de julio, fecha de aquel día que tan espléndido había amanecido, los franceses, posesionados de las alturas que rodean á Molins de Rey por su parte norte, habíanse extendido en línea de combate hasta la carretera de Mataró, y vigilantes y dispuestos esperaban la acometida de los españoles. Estos tenían dispuesta una vigorosa salida, á cuyo efecto habían organizado una columna, fuerte de cuatro mil hombres, con varias piezas de artillería, que avanzaría por el camino de San Martín de Provensals, sobre la carretera de Francia. La avanzada de esta columna la formaban dos compañías de infantería ligera y la tartana maldita en que iban nuestros desgraciados prisioneros.

Desplegadas aquellas fuerzas en guerrilla y llevando el fúnebre coche en el centro, no tardó en romperse el fuego por una y otra parte. Momentos después habíase generalizado la lucha en toda su intensidad y el cañón tronaba sembrando la muerte entre ambos bandos combatientes. Las guerrillas francesas dirigían con preferencia sus tiros sobre el carruaje, en la creencia, sin duda, de que en él iba algún jefe principal. Algunas balas habían ya atravesado los costados de la tartana, y los prisioneros, aunque todavía ilesos, esperaban la muerte de un instante á otro, encomendando su alma á Dios. Su martirio no podía ser más horrendo, más cruel, más infame.

En aquellos momentos de angustia y terrible desesperación, acercóse á la trasera del vehículo un oficial y dirigiéndose á los cautivos, les dijo:

—Qué pensais, señores; veo que, por fortuna, no habeis sido maltratados por las balas; tenéis aún tiempo de pensar lo que os conviene: el enemigo os toma por blanco de sus disparos.

—¡Piedad, perdón!—exclamaron aquellos infelices.

—Compadeceos de mis canas y de una familia que quedará en la miseria—imploraba el más anciano.

—Lo siento—respondió el oficial; —no hago más que cumplir una orden, por muy dolorosa que esta me sea. Decidíos pronto, pues la lucha será sangrienta y en ella encontraréis la muerte, seguramente.

—¡Imposible! no podemos pagar lo que se nos pide, ni aún recurriendo á nuestros amigos. ¡Tened piedad de nosotros!

El oficial alejóse conmovido ante aquel cuadro de infortunio y de refinada barbarie. En aquel instante una bala de cañón rasgaba el techo de la siniestra tartana, dejando un enorme boquete al descubierto. El fuego de fusilería era á cada instante más nutrido y terrible; los soldados españoles, alentados por sus jefes, lanzáronse sobre los enemigos, que nó pudiendo resistir tan vigoroso ataque, se retiraron desordenadamente hasta las cercanías del Clot, donde se parapetaron para hacer frente á las tropas españolas.

La tartana, en tanto, seguía en primera línea, atravesada en todas direcciones. El caballo chorreaba sangre y el conductor se mantenía impávido en su puesto. El ataque se recrudeció, un esfuerzo más y el invasor hubiera tenido que retroceder por completo; pero en aquel momento de indecisión, los franceses recibieron un nuevo refuerzo de tropas y una terrible carga de caballería dada á los nuestros les hizo retroceder y emprender la retirada con toda precipitación.

Esta vez la tartana quedó inmóvil. El conductor yacía muerto bajo las ruedas; el caballo, acribillado á balazos, se debatía en las ansias de la muerte; un lago de sangre rodeaba al fúnebre armatoste, y dentro de él cuatro víctimas con las manos atadas, tumbadas unas sobre otras, chorreando sangre por mil partes diferentes, en el abandono de la muerte, yacían allí encerradas.

¿Habían muerto todos?

Todos menos uno. La fortuna, que también tiene sus ironías, quiso que sobreviviese uno, el que menos falta hacía á nadie en el mundo, sin duda para dar mayor relieve á aquel cuadro de inhumanidad y salvajismo.

---

# Mientras las horas duermen...

Por la extensa llanada, que tiene el áureo color de la mies madura, avanzan de regreso á sus hogares, las cuadrillas de labriegos, que trabajaron desde el alba en el cultivo de las huertas ó en la siega de los maizales.

Como el estío ha entrado completamente, el sol inunda de luz vivísima los campos, y en la madre tierra, que abre sus poros, ávida de riego, dóblanse las plantas mustiamente, anhelantes de climas mejores.

Llegan los labriegos al cortijo y luego que han descargado los aperos de la faena entran gozosamente en la cocina, á husmear el estado del gazpacho, que hará estremecer de gozo las entrañas.

En tanto, y para distraer el creciente apetito, échanse al coleto recio trago de añejo, que despierta en sus pechos canciones adormeci-

das, compuestas para cantadas bajo un sol ardiente, en cielo sereno y azul.

Bernabé,—el cortijerito, como le llaman en el villorrio,—siéntase en el tronco añoso, junto al umbral y bajo la parra, donde rato hace hállase sentada Rosaura, la moza que le costó más suspiros, que otra jamás costó á ninguno de los rendidos galanes de Lope y Calderón.

Como ha llegado la hora ardorosa del mediodía, no se ve alma viviente á cielo raso, que grande gusto es contemplar desde apacible sombra la oleada de fuego que desciende sobre los campos; ni vése tampoco ave que aletee, que buen refugio prometen los bosques con la fresca obscuridad de sus frondosidades.

Son las horas lentas, dormidas, en que la Naturaleza calla, postrada en perezosa y dulce somnolencia.

Bernabé, que mientras habla su novia, contempla ávidamente el rojo incitante de sus labios, siente como nunca el acicate del deseo tantas veces negado, y rompe bruscamente, diciendo:

—¿Pero, cuando vas á acceder, Rosaura?

—¿A qué?—responde ella sonrojándose de antemano.

—Pos, á lo que tanto te he pedido.

—Eso será más tarde.

—Pero ¿no ves que he de casar contigo?

—Pos entonces será.

—Válgame el Señor y la Virgen del Valle, mujer, que no hay sosiego para mí, que grande es mi deseo como tentaora la tu boca.

Ella sonríe.

Alguien canta en los campos, y la brisa trae la canción:

Puso miel en tus labios
Dios poderoso,
y yo tengo la falta
de ser goloso.
¿Es culpa mía,
el que me gusten tanto
las golosinas?

Bernabé, que no ve nada, como no sea los labios de su novia, donde parecen palpitar sin fin de voluptuosos besos, perdido ya el propio dominio, cíñela prontamente por la cintura y junta sus labios con los de ella.

Siente Rosaura la cariñosa presión, y un beso, canción sublime de amor, aletea prolongadamente...

Las hojas de la parra, tendida sobre sus cabezas, palmotearon al soplo de la brisa, como saludando al amor, que estallaba en un beso.

P. Corominas Castelnaro

---

# ¡1.° de Junio de 1275!

Día de llanto, de tétrico recuerdo, adonidia del Cinca, ilustrada con el mayor sublime holocausto de acrisolado amor patrio...!

La Esparta oscense será aquel bendito rincón del valle regado con la preciosa sangre de un héroe de regia estirpe para los que anhelan

el resurgimiento de las glorias españolas. Jornada sin igual, en que los emblemas tres veces santos descuellan en esta epopeya del dolor y vénse en vilipendio á las plantas de vandálico opresor, crueldad que evoca en el corazón hispano el recuerdo de Nerón, el de las maquinaciones cavernosas de Atila, el émulo de Dios, y de Pedro, saludado por la historia de la Corona de Aragón con el dictado de Grande.

La nobleza catalano-aragonesa, juramentada entre sí, había extendido el tristemente célebre memorial de agravios. Con harta tolerancia miraba el catalán quebrantadas las costumbres y sus fueros violados, aumentando su dolor el escarnio con que se había refrenado á la ilustre prosapia de la nobleza que llena un mundo. La voz de ¡inobservancia de fueros! cundió por las vírgenes campiñas del Besalú, Manresa, Cardona, Solsona y muchos otros, perlas de esa joya que llaman Cataluña. Sus hermanos de allende Noguera rugieron de furor y volaron en defensa de las libertades patrias. Pronto contó la fama á aquellos genios indomables las vicisitudes de sus amigos, y los hijos de aquellas montañas, recuperadas palmo á palmo merced al heroismo de sus invictos moradores, corren á prestar socorros á los catalanes y á grabar en la historia de Aragón aquella brillante página: «Defendiendo los fueros murió D. Fernán: su memoria es sagrada».

D. Jaime I el Conquistador y D.ª Blanca de Antillón fueron los padres de D. Fernán Sánchez de Castro, que así se llamaba nuestro héroe (1).

En 1263 principia á florecer el ilustre vástago en el reino de su padre y se hizo inmortal en 1275.

D. Ramón Folch, cabeza del bando catalán, confederose con D. Sánchez; no osando el de Cardona capitanear la facción por temor al régio encono, tomó el mando D. Fernán, quien había declinado este honor para el hijo del secular entronque, acarreándole ocasión de probar su poca bizarría. Era Procurador General en Cataluña el infante D. Pedro, hijo del Conquistador y hermano bastardo del real mancebo pomarino. En la primera tarea diplomática el malicioso infante dividió la fuerza de los conjurados, para poder con mayor cinismo apagar su sed de sangre en la persona de D. Fernán.

Ya la tea de la bélica discordia arde con siniestros resplandores. El de Castro, abandonado por los suyos, se retira á su fortaleza de Antillón, y á los inauditos esfuerzos de los bravos moradores de aquel baluarte defendido con pechos de acero, respondió la negra y cavernosa demanda de rendición y en-

(1) No sabemos á qué atribuir que el sabio Bethencourt en el libro 4.º f.º 90 de su imperecedera Historia genealógica y heráldica de la nobleza española haya confundido á la progenitora de los duques de Medinaceli con la hija de Urrea, famoso prócer, llamada Aldonza Jiménez de Urrea, esposa y no madre, del Sr. de Pomar de Cinca. El Archivo de la Corona de Aragón (Pº de Jaime I n.º 878) contiene la donación que en 11 de Marzo de 1241 hizo del castillo y villa de Castro D.ª Blanca á D. Jaime (Tourtoulon T.º 2º F.º 3 2)

trega de D. Fernán por parte del cruel infante D. Pedro, que con centuplicada hueste se presentaba ante los muros del castillo. Cometió desmanes y tropelías en las personas de aquellos indefensos el sanguinario Procurador y D. Fernán tuvo que refugiarse en Pomar. Las altivas almenas de este castillo se avergonzaron un día de presenciar escenas tan sangrientas y vinieron al suelo.

Pomar de Cinca fué el último asilo de D. Sánchez, perseguido por las injustas iras de su hermano bastardo. Huyó de Antillón y se refugió en el corazón de sus dominios. Presentóse ante la última posesión del de Castro con sin igual descaro el fratricida D. Pedro. Viendo la imposibilidad de resistirse D. Fernán contra aquél, que le habia despreciado el reto personal, buscó en la estratagema lo que con la nobleza no lograse de su hermano: vistióse con los ropajes de su escudero, salió volando en su corcel «Señalau» por la campiña que se extiende hasta Chil y Couchel, se deslizó vadeando por el Cinca para no separarse de sus leales, quienes fueron pasados á filo de espada por el sanguinario hijo del de Aragón, siendo descubierto por unos campesinos mientras estaba oculto en un campo de trigo, y comunicado el hallazgo al infante, éste ordenó con execración inaudita que fuese ahogado en el Cinca al atardecer del 1.° de Junio de 1275 (1).

Y diz que todas las tardes el murmullo del Cinca al besar el padrón del fraticidio, maldice la memoria de Pedro el Grande.

PRÁXEDES URREAGA Y AZCÓN.

---

(1) Arch. Cor. Arag. R. 37. f.° 88 v.°

Castilla monumental

## León histórico

—

Si admiración produce en el ánimo del viajero la contemplación de las ciudades modernas por la grandiosidad de sus edificios, por la implantación de todos los modernos inventos, por sus colosales fábricas y por su numerosa población, no menos la ofrecen todas aquellas que guardan en su seno el carácter histórico que las hicieron célebres en la antigüedad y hoy son admiración de los presentes.

Es hermosa, es sublime la progresiva marcha de la europeización, pero más sublime y más hermoso es para nuestros ojos y para nuestro espíritu vernos envueltos en los gratos recuerdos de nuestros antepasados y vivir en sus costumbres y en sus tradiciones.

Tales son los motivos que nos guían al presentar á los lectores, en nuestro viaje á través de España, no la parte moderna que encierran nuestras capitales, nuestras villas, nuestras aldeas y nuestros lugares, sino todo aquello que prueba bien evidentemente que nuestra Patria no ha sido jamás una nación decandente en las Artes ni en las Ciencias, en ninguna época ni en ningún siglo.

León, pertenece á una de estas ciudades, y en ella los monumentos arquitectónicos son tantos y de tan gran valía, que cualquiera que vuestra mirada contemple os conducirá rápidamente á los tiempos de luchas sarracenas ó á las épocas medioevales y caballerescas.

Está situada en la confluencia de los rios Torío y Bernesga, que la bañan y está rodeada de viejas murallas que tuvieron 11 puertas de grandes arcos y varios postigos, mereciendo especial mención la del Castillo, contigua á la que fué Carcel para reos del estado.

Entre sus edificios figuran: la casa de los Guzmanes y la notable obra, esencialmente gótica, de su Catedral ó Basílica.

que la une con el histórico convento de San Marcos.

Pudiéramos citar hechos que ya son harto conocidos de todos, pues el

Puente sobre el río Bernesga é histórico convento de San Marcos

De los puentes que sobre el río Bernesga tiene construidos, ninguno tan hermoso como el de sillería, que representa nuestro grabado,

antiguo reino de León ha ido unido siempre á cuantos en España se realizaron en la guerra de la Reconquista.

T.

---

# Grandeza de alma

Lugar de la acción: Sobre el terreno y cinco minutos antes de un *lance de honor*.

*El médico.*—¿Cómo estamos en esta hora solemne, Sr. de la Sopita? ¿No hay calentura?

(*Le toma el pulso*) ¡Uy! al contrario! Más de cien pulsaciones por minuto. Malo, muy malo, no puede ser peor.

*La Sopita, esforzándose en sonreir.* —¡Qué quiere V. doctor! La emoción consiguiente en un principiante.

*El médico.*—La emoción consiguiente..... No está V. en situación

de apuntar bien. *(Estrechándole la mano.)* Está usted frito, Sr. de la Sopita.

*La Sopita.*—Hombre, pues no me divierte el pronóstico.

*El médico.*—No se enfade V., lo digo porque lo pienso.....¡Que demontre! ¡Cuando se es tan medio-hombre, no se busca querellas á la gente!

*La Sopita.*—Pero¡qué me cuenta V. doctor? Yo no le he buscado nada á nadie. Trufa es quien me provocó. Mientras los testigos cuentan los pasos y cargan las armas, le voy á contar á V. como pasó. Trufa, que había conocido en el barrio latino, era mi amigo. Fué padrino en mis bodas, y desde entonces venía á comer á casa todos los jueves; ¡oh¡ nada de extraordinario, lo tratábamos como camarada. Una taza de agua más en el caldo y laus Deo. Pues bien, una mañana, la bestia de mi mujer se larga con él, y yo me digo: «Si me caes por banda, Trufa amigo, tú verás como me llamo. En efecto, seis meses después, —era anteanoche,—me doy de narices con Trufa. Me sulfuro, un velo de sangre me tapa los ojos. Me echo sobre Trufa con los puños cerrados y le digo:—Valiente sapo estás! Cuando se toma la mujer de un amigo, á lo menos se le devuelve. Si te digere: Dame un pitillo, y me fuese con la cajetilla, ¿qué dirías? Pues es lo mismo. Trufa me contestó; Si quieres iremos al café. Hablaremos refrescando, *Utile dulci.* Acepté. Entramos en una cervecería y Trufa se ajumó como un cerdo. A la undécima copa de coñac, se volvió insolente, no sé con qué motivo, y me echó en cara los defectos de mi mujer, diciéndome que las mujeres eran lo que los hombres las hacían, y que si yo hubiera reventado á palizas á la mía, no le habría ido peor, al contrario, y que él, Trufa, no tendría el sinsabor de vivir con semejante pollina. Y de pronto. paf ¡me da una bofetada!..... ¡una bofetada de las de cuello vuelto y sin aviso!

El insulto me pone de piés. Había una botella al alcance de mi mano, la cojo instintivamente y enérgico, pálido de rabia, grito con formidable acento: Mozo, un bock! Creía que no pasaría de ahí,porque, ¿qué demonios? si hubiese que andar á tiros por un mal soplamocos ¿qué sería si le tratasen á uno de marrano? Pero, ¡qué si quieres! No había contado con los inbeciles que se ocupan de cuanto no les importa. Me demostraron que debía batirme. Lo negué. Me dijeron que era esto y lo de más allá y tuve que ceder para que me dejasen en paz.

Por esto estoy aquí, en el terreno.

*El médico,meneando la cabeza.*—Temo que se quede V. en él. En fin!..... Pero los testigos van á dar la señal. Buena suerte, Sr. de la Sopita.

*(Ultimas formalidades. Los dos adversarios son colocados á igual distancia uno de otro, como decía con elegancia el excelente Hipólito Nazet).*

*El primer testigo.*—¿Estamos listos? Una, dos, tres..... ¡fuego!

*(Se ha visto en la boca de la pis-*

*tola de Trufa un copo de humo blanco.)*

*La Sopita, triunfante.*—¡No me dió!..... (Soliloquio)

La Sopita! no vas á matar á un viejo compañero indefenso y que, en suma, no te ha hecho nada!.... ¡Indulgencia! Muestra la belleza de tu alma.....Sorprende á tu cobarde adversario con tu magnanimidad. *(Con voz solemne)*..... ¡Trufa! como el rencor no es compatible con los grandes caracteres, te perdono. Me has ultrajado; mira como me vengo *(Dispara por encima del hombre y mata..... al médico que tenia á su espalda.)*

T. Sainthonoré.

---

# Ilusiones perdidas.....

El bosque permanece en una quietud absoluta: ha cesado el viento huracanado que hacía crujir las ramas y volar las hojas; el cuchicheo de los pajarillos, amigos de la noche, empieza de nuevo.....

Repentinamente la mansuetud de la Naturaleza vése interrumpida por el paso rápido de dos hombres que en actitud violenta se aprestan á la lucha, retratándose en sus semblantes la cólera que les ciega, la sed de venganza que les impele.

—Aquí, aquí, exclama Carlos, has de morir. En este mismo lugar donde tronchaste mis ilusiones; en este mismo lugar donde atropellaste la honra de la mujer á quien adoro para desposarte con engaño con ella; en este mismo lugar quiero darte muerte como inmunda bestia;tú que has ahuyentado la paz de mi alma; tú que has puesto el infierno en mi corazón; tú que me has robado la tranquilidad, el sosiego, la dicha; tú que eres un impostor, un ladrón y un miserable..... ¿De qué me han servido todos mis afanes, mis sudores, mi trabajo? ¿Para qué deseo las riquezas y el fausto que actualmente me rodean si sólo por ella trabajé, si sólo para ella lo quería?

. . . . . .

La naturaleza enmudeció repentinamente ante las quejas de aquel corazón dolorido y apenado.Los pájaros ya no cantaron; el arroyo acalló sus murmurios; las hojas cesaron en sus deliquios de amor.La tempestad rugió de nuevo con el horrísono estampido del trueno. Todo era terriblemente salvaje en aquellos momentos: la lucha de los elementos y la lucha de aquellos dos hombres.

De pronto, cuando más cruenta era ésta,una mujer con el semblante desencajado, mitad ángel, mitad demonio, se arroja entre ambos combatientes y exclama:

—¡Atrás, Carlos, atrás! Todo lo sé, todo lo he oido. Yo soy la mujer deshonrada, la mujer á quien se ha vilipendiado, yo sola he de tomar venganza, á mí sola me pertenece ese hombre.

. . . . . .

Al despuntar la aurora, alegre y llena de vida y de color, un cadáver, el del infiel y traidor, aparecía iluminado por el sol.....

César de Salvador de Solá

# Ultimos días de Numancia

*(Continuación)*

Los que ya habían orado, separándose de la plazoleta se tumbaban á la sombra de los árboles, formando grupos constituídos por familias, pues á estas reuniones también asistían las mujeres y los niños.

En el centro de la plaza, y rodeando el monolito que servía de altar, había una porción de corderos blancos atados de las cuatro patas; eran las víctimas destinadas al sacrificio, que aunque no sospechaban su próxima muerte, viendo perdida su libertad lanzaban lastimeros balidos.

Después de hacer sus plegarias, los dos caudillos fueron á unirse al grupo de los ancianos, y pasaron el resto de la noche conversando con ellos.

Al despuntar el día, antes que los rayos del sol penetrasen en la espesura, todos se pusieron en pie. Los ancianos se acercaron al monolito é inmediatamente se vieron rodeados por todo el pueblo. Los que tenían quebrantadas sus fuerzas físicas ó deseaban que su cuerpo adquiriese mayor vigor, se colocaron en primera fila, llevando en la mano toscos pucheros ó escudillas de barro. Los numantinos, como casi todos los pueblos celtíberos, tenían la creencia de que la sangre de las víctimas inmoladas en la ceremonia religiosa, bebida aún caliente, devolvía la salud al cuerpo, ó duplicaba su vigor.

Uno de los ancianos puso un cordero sobre la piedra sagrada, y otro, empuñando un cuchillo de hierro templado, de forma algo curva, y con mango de cobre, se le hundió con rapidez en el cuello á la inocente víctima. Tan pronto como brotó el chorro de sangre acudieron presurosos los que ansiaban beberla, y para evitar que se atropellasen, los ancianos tuvieron que ejercer su autoridad. Los que habían logrado llenar sus escudillas de sangre la bebían en el acto, y después se colocaban entre los demás en espera de recoger un trozo de carne de la víctima. El reparto de esta se hacía con mas orden por ser varios los ancianos que la iban distribuyendo.

Al terminarse los sacrificios, los numantinos se fueron colocando en el límite de la plazoleta, con el fin de dejar libre el mayor espacio posible, pues iban á comenzar los ejercicios de agilidad y fuerza, á que eran tan aficionados, constituyendo su diversión favorita.

Los primeros en presentarse fueron los que habían bebido sangre de las víctimas, ansiando conocer si les había producido el efecto que codiciaban. Unos emprendían carrera con cuanta velocidad les era posible, interrumpiéndola con saltos, como si quisiesen salvar los obstáculos que pudieran presentarse; otros esgrimían la espada ó la lanza como si peleasen con enemigos invisibles.

Entre tanto Nuró y Truja, que como buenos enamorados lo veían todo de color de rosa, en vez de pensar en los peligros que amenazaban á Numancia, pensaba en su próxima dicha.

El jefe militar era quien debía presidir los juegos de agilidad y destreza. A una señal de Arathon, varios jóvenes salieron á la plaza haciendo retirar á los que estaban corriendo y manejando las armas. Después colgaron de la rama de un árbol, que se destacaba algo de la espesura, un escudo, que como la mayoría de los que gastaban los numantinos, era de madera, forrado de piel de toro curtida y en cuyo centro había pintada con tosquedad una cabeza humana. Como á unos cien pasos de distancia se alinearon en fila varios jóvenes provistos de arcos y flechas; eran los que se disputaban la palma de tiradores, dando á este ejercicio mayor mérito que al tiro con honda, pues siendo los numantinos un pueblo pastor, todos la manejaban de un modo admirable.

Los arqueros debían disparar tres flechas cada uno, diciendo de antemano el lugar de la cara en donde debía clavarse, siéndoles forzoso elegir los puntos que figuraban los ojos y la boca; por ser las heridas recibidas en estos sitios mortales de necesidad.

Antes de tomar puntería el primer tirador, dijo:

—Al ojo derecho.—Allí fué á clavarse la flecha disparada; las otras dos también dieron en el punto designado, que eran el ojo izquierdo y la boca. Los que le contemplaban, premiaron su habilidad con exclamaciones de júbilo. Los demás tiradores mostraron la misma destreza que él, pero si bien las flechas daban en el punto señalado, no todas quedaron clavadas, pues teniendo la punta de madera, endurecida, requemándola al fuego, rebotaban al chocar contra el escudo.

Después comenzaron los juegos de lucha, consistentes en derribar al suelo al adversario, operación que había de hacerse con toda limpieza y en la que se ponía de manifiesto la fuerza de los brazos y el vigor de las piernas: á este ejercicio siguieron otros, y los que eran declarados vencedores recibían los plácemes de la multitud, incluso los de los vencidos.

Al terminarse la serie de ejercicios, Arathón dijo en voz alta:

—Para estrechar más nuestra alianza con los segendenses, he determinado casar á mi hija con el hijo de Leucon.

Estas palabras causaron alguna sorpresa en los oyentes, pues era la primer noticia que tenían de la proyectada boda. Los jóvenes que aspiraban á la mano de Truja, miraron á Nuró con odio.

Uno de los ancianos dijo á Arathon:

—Considero á Nuró merecedor de la mano de tu hija; ¿pero no hay en Numancia jóvenes dignos de ella?

—Sí; en mi concepto todos lo son, pues de lo contrario me hubiese negado á ser su jefe militar; pero á mi vez permíteme que te diga ¿por qué me has hecho esa pregunta?

—Porque he oído decir, que entre los nuestros hay más de uno que desean hacerla su esposa.

—Será verdad, no lo dudo; pero como nadie me ha pedido su mano, he dispuesto de ella. Además, aunque este asunto es de mi sola incumbencia, por respeto al cargo que me habéis confiado he querido comunicaros mi decisión, y à la vez demostrar ante todos vosotros que Nuró vale tanto como el mejor numantino.

Estas palabras despertaron algunos murmullos de sorpresa, y entre la muchedumbre salieron voces diciendo:

—¡Que lo pruebe! ¡Que lo pruebe!

—En seguida,—replicó Arathon, mirando hacia el sitio de donde partieron estas frases.—Su valor en el combate le ha probado en más de una ocasión; ¿qué queréis conocer? ¿su fuerza y su destreza? Pues vais á conocerla en seguida. Tendrá en destreza por rivales á Aluro y á mí. Los que se crean mejores que nosotros, pueden presentarse; mi hijo y yo les cedemos el puesto.

Estas palabras bastaron para que los descontentos callasen, y nadie aceptó el reto.

Sobre una piedra se colocaron boca abajo varias escudillas de barro y encima de ellas un huevo de gallina.

Adivinando lo que se trataba, todos los circunstantes se miraron con asombro.

Iban á empezar por el tiro de honda más difícil, que consistía en derribar el huevo de una pedrada, sin romper la escudilla, ejercicio en el que Arathon no tenía rival.

Aparentando no fijarse en la impresión que esto causaba á sus conciudadanos, Arathon y Nuró, con las hondas en la mano, fueron á colocarse á unos ciento cincuenta pasos de distancia de los blancos.

El joven segendense iba algo pálido, como si tuviera miedo á quedar en ridículo.

Los ojos de Truja se fijaban en él diciéndole:

—Valor. Demuestra que vales más que todos.

Arathon fué el primero en disparar.

Su piedra lanzada con habilidad, derribó el huevo, dejando intacta la escudilla.

Llególe el turno á Nuró.

Su semblante había recuperado el color natural y su brazo no temblaba.

Las miradas de la mujer que amaba le habían devuelto el valor y la serenidad; también su piedra dió en el blanco, despertando entre los concurrentes un murmullo de asombro.

La misma operación y con igual éxito se repitió en el tiro de flecha.

Para probar su fuerza, el joven cogió un enorme pedrusco con ambas manos y le arrojó á gran distancia.

Con esto se dió por terminada la prueba, y Arathon, colocándose frente á su pueblo y teniendo á su lado á Truja, exclamó con voz solemne:

*(Continuará)*

# El Cuento y la Historia

## Primer Concurso Literario

organizado por esta REVISTA con el fin de alentar á la juventud en sus aficiones literarias publicando los trabajos premiados que muchos de ellos guardarían, quedando inéditos, ante la timidez de presentarlos con sus nombres y que no dudarán de hacerlo ante el anónimo del lema.

Los trabajos, según el título de nuestra REVISTA, podrán ser de tres clases.

**Un cuento**
**Un episodio histórico**
**Una novela**

El primero y segundo no deberán ocupar más de 12 cuartillas.

La novela será de 55 á 65 cuartillas, para ocupar las 16 páginas que como Suplemento lleva cada número de nuestra REVISTA.

### PREMIOS

**Tres primeros premios para cada uno de los temas de 50 pesetas.**

**Accésits**, consistentes en el regalo de un tomo de las obras insertas en el Catálogo de la casa editorial de V. Acha, pertenecientes á los autores Mariano J. de Larra, Nicolás Maquiavelo, Laboulaye, Avellaneda, Quevedo, Castelar, Duque de Rivas, Santa Teresa, Heine, etc.; encuadernados en ricas telas, y con la entrega de varios ejemplares del número de la REVISTA que inserte el trabajo premiado.

La adjudicación del premio se hará junto con un artístico y valioso diploma.

### Condiciones:

1.°— Necesariamente los trabajos han de ser originales é inéditos y que respondan al carácter moral de esta REVISTA y en lenguaje castellano.

2.° Se entregarán antes del día 20 de diciembre en la Redacción de la REVISTA, Córcega 238, entlo. 1.ª, bajo un sobre que diga: *Sr. Director de* EL CUENTO Y LA HISTORIA.—*Para el Concurso;* y dentro, acompañando el trabajo, otro sobre que contenga el nombre del autor y por dirección el lema que adopte el autor.

3.°— El fallo del Jurado es inapelable y éste rechazará todo trabajo si directa ó indirectamente se insinuare antes del fallo quién es el autor, ó bien se recomendare.

4.°— El Jurado estará compuesto del cuerpo de Redacción de esta REVISTA y varias personalidades literarias de indiscutible valer.

5.°— Los trabajos, sean ó no premiados, no serán devueltos, quedando propiedad de la REVISTA.

6.° - El Jurado se reserva el derecho de proponer todos los premios extraordinarios que juzgue conveniente.

7.°— El fallo del Jurado se publicará oportunamente.

---

# Correspondencia

A. M. -Los artículos están muy pensados, pero no tienen forma... La forma es esencialísima en literatura...

Un estilista,—Por el camino que sigue no llegará V. á ser lo que piensa haber ya obtenido... El estilo es el hombre, pero el estilo no se compra fácilmente como puede V. haber supuesto, dada su rectitud de criterio.

González M. Tejedor.—Es impublicable todo cuanto V. nos manda. Sea V. menos obstinado y podremos tratarnos como buenos amigos. Mas sobre todo... ¡no escriba usted!

Un historiador ligero. ¡Y tan ligero!... ¿En qué Universidad le han enseñado á V. Historia de España?

Romanticus.—Nos parece muy bien que sea V. partidario del género romántico, literariamente hablando. Sin embargo, sus cuentos no son cuentos románticos, sino *latas*. Y perdónenos V. lo vulgar de la expresión. Nosotros no *tiramos* para románticos.....

---

Imprenta: calle de Valencia, 200.—Barcelona